

Arte, artista y sociedad. Por un nuevo humanismo

ANTONIO ZARCO FORTÉS
Madrid

DOS REALIDADES. REALIDAD SUBJETIVA Y REALIDAD OBJETIVA

Si el arte es el «encuentro armónico» de dos realidades -la del artista como individuo y la del «resto» como sociedad-, es necesario no olvidar que ambas realidades están constituidas por niveles diferentes en cuanto a tiempo, espacio, subjetividad y objetividad.

Desde un punto de vista psicológico, toda realidad que el individuo, como tal, percibe o vive, aparece escindida en o compuesta por dos modos de lo real: lo real como fenómeno exclusivo, intransferible, del individuo, que podríamos llamar la realidad interna, o subjetiva, y la realidad que está y es fuera de él, independiente de su experiencia interior, la realidad objetiva.

En la primera, todo se convierte en fenómeno de percepción, elaboración, consciencia o inconsciencia, y expresión (a veces) de todo lo anterior. En la segunda, la realidad aparece como dato bruto, dado sin más, algo que está fuera de nosotros, independiente de nuestra percepción. (Dejemos aparte deliberadamente el eterno problema de si sólo es real la percepción o si puede darse una realidad que no hayamos percibido. El tema excede lo que este trabajo

intenta, y su profundidad y complejidad están muy por encima de mis posibilidades, y de mis intenciones). Aceptemos los términos «realidad subjetiva» y «realidad objetiva» sólo como herramientas conceptuales manejables en este intento de análisis del fenómeno estético.

REALIDAD ACTIVA Y REALIDAD PASIVA

Veremos que detrás de tales términos, la realidad aludida tiene componentes y características muy diferentes. La realidad subjetiva, propia del individuo artista (como le es propia a cada individuo la suya) se nutre de materiales que pueden ser, más o menos, «elementos constitutivos de mí mismo». Son todo lo que en la vida de cualquier individuo (en este caso, en la de un artista) le constituyen como entidad mental, emotiva, psíquica, cultural y estética. Para decirlo más llanamente, son su «yo» intransferible, irrenunciable, tal y como es hasta el momento presente, y con los «materiales» que, hasta el momento, contiene; sean estos materiales propios desde su raíz, sean adquiridos por asimilación o conquista. El carácter genérico, o común de estos materiales es, paradójicamente, su «inmaterialidad».

Se ha hecho ya la distinción entre

¹ Después de redactados los párrafos que anteceden, he dudado seriamente sobre su inclusión o no en este trabajo. Sé que son elementales, paupérrimos e insuficientes. Pero al fin he decidido su aparición porque, para mi objetivo general, y habida cuenta de la subjetividad de todo lo relacionado con el arte, considero que es más importante intentar esa distinción entre sujeto y objeto, desde mis personalísimos puntos de vista y de entendimiento, que renunciar a tal intento por miedo al juicio de quienes por dedicación, conocimiento y medios intelectuales dominen el problema. (N. del A.)

realidad física, material, y realidad inmaterial, psíquica, mental, o metafísica. Y en tales puntos se ha expuesto mi idea de que, incluso nuestro ser físico, nuestro cuerpo, resulta a veces ajeno a ese yo radical en el que nos sentimos sobre todo como consciencia, como acto inmaterial, como esencia incorpórea de ese yo total que somos.

La otra realidad, la que podemos llamar «objetiva» es, con mucha más sencillez, todo lo que queda fuera de nuestro yo, todo el «resto». Ese resto se define, también genéricamente, como material perceptible, sensible, notable. Si la realidad subjetiva se nutre, esencialmente, de percepciones, de adquisiciones, de conquistas y asimilaciones, es decir, de actos (inmateriales, sí, pero actos), la objetiva, por el contrario, adopta, por contraposición, el carácter de una realidad pasiva, que está ahí «fuera» para ser, precisamente, perceptible, adquirible, conquistable y asimilable. La realidad objetiva es más un objeto o cosa que un acto.

Podríamos resumir esta elemental disquisición, considerando nuestra realidad subjetiva, nuestro yo, como una intención activa, incluso como una acción inmaterial, volcada o enfocada hacia lo que es, precisamente el *objeto* de esa nuestra intención activa, hacia el resto de la realidad que no es nuestro yo. El sujeto actuando sobre el objeto. De esta manera, todo ese inmenso resto que como realidad en sí está fuera de cada individuo, se convierte en objeto sobre el que actuar. Pero a su vez, es también objeto actuando, a través de nuestra percepción, en nosotros, en cada yo¹.

EL PRECIO DE «SÍ MISMO»

Aún caben otras distinciones en cuanto al tema de lo objetivo y lo subjetivo, entre artista y realidad exterior.

La realidad exterior es anónima, como suma que es de los aportes de cada

sujeto o individuo. Es masiva por ser común, tiene una marcha progresiva muchos menos «accidentada», mucho más «densa» que la individual, y por tanto, más difícilmente modificable. Y tiene, por todo esto, un gran peso sobre cada uno de los individuos que la constituyen. Referidas estas diferencias a la persona, es claro que la sociedad es una suma de individuos que en gran parte van perdiendo su individualidad precisamente en la medida en que van integrándose en tal sociedad.

Sólo algunos «notan» que esa integración es demasiado «cara», o dicho de otro modo, perciben su individualidad, su subjetivismo con tal fuerza determinante de sí mismos, que renunciar a una parte substancial o grande de tal subjetivismo es renunciar, en la misma medida, a ser sí mismo, a ser libremente, a ser.

Estos individuos que no quieren dejar de serlo, constituyen la minoría que, paradójicamente, mueve la sociedad. Son los grandes religiosos, los grandes políticos, los grandes científicos, los grandes pensadores y los grandes artistas.

UN APARENTE TOMA Y DACA

Y aquí aparece un mecanismo contradictorio y complejo: La sociedad, como tal, soporta mal al individuo que no quiere dejar de serlo; procura marginarlo, al menos en sus comienzos como tal no-integrado. Ello es lógico; ninguna suma se hace restando. Si el individuo persiste en su asociabilidad, la marginación también persiste, a menos que (y aquí estriba un qué importantísimo) tal no integración dé, como resultado, un beneficio para la sociedad. Si el beneficio es inmediato, o lejano pero seguro, la sociedad acepta el riesgo de soportar al marginado, termina aceptándolo de mejor o peor grado, y hasta le puede hacer un monumento. (Generalmente, el monumento suele encontrar al marginado, marginado definitivamente en el cementerio).

Pero otras veces el no-integrado no ofrece, ni siquiera en un futuro lejano, ninguna compensación a la sociedad, y entonces el destierro es seguro, la vida un problema continuo y doloroso, y la sensación de aislamiento un progresivo enfrentamiento con los demás.

En este esquema, no todo es así de concreto y simple. La sociedad es como un cuerpo vivo enorme, que no tolera parásitos (o los tolera mal), que funciona en términos de economía bruta (toma y da) pero que va cambiando, por viva, sus necesidades, apetencias y sobre todo, su tabla de valores. Lo que la sociedad pide al individuo que quiere no dejar de serlo, no es siempre una compensación en términos económicos. El orgullo, la autoestimación, la esperanza, la alegría, la necesidad de consuelo, de misterio, de belleza, de inteligencia, son también propios de la sociedad en términos generales. Y si ésta levanta un monumento al Dr. FLEMMING, aún vivo, como agradecimiento por la salud recobrada, o admira maravillada el sistema de esclusas que comunica el Atlántico y el Pacífico, también se conmueve viendo cómo la *Gelsomina* de *«La Strada»* se despide sin palabras de las monjas; o se siente embargada por un extraño placer contemplando una simple noche estrellada, o un desierto; cosas éstas últimas que desde luego no «sirven para nada» práctico ni económico.

Afortunadamente, aún nos sigue ocurriendo todo esto como sociedad, aunque, justo es decirlo, cada vez ocurre menos.

INDIVIDUO, MASA Y SUPERFICIE

El arte, y volvemos a nuestro mundo, comenzó siendo una actividad que la sociedad «necesitaba». Fue luego algo que el poder (que es una parte minoritaria pero determinante en la sociedad) usó; más tarde fue adorno de ese poder, dando a cambio un cierto poder al arte, y últimamente está desempeñando di-

versas funciones, algunas de las cuales podrían ser: embellecer la sociedad, quitarle «dureza» al poder, enajenar en cierta medida al individuo aún indeciso ante su posible «disolución» en la masa social, crear ante esta masa social los mitos necesarios para canalizar sus apetencias de ser, aún, individuos.

Entre estos tonos negativos que, en mi opinión, el panorama actual contiene, uno destaca sobre los demás con efectos profundos, que no son evidentes de forma inmediata, pero que ya están dando sus frutos tempranos. Es la pérdida del yo en cada individuo; es la renuncia a su subjetividad, a su ser sí mismo, a su «hombreidad».

En un panorama amplio, tocado todo él de esta pérdida de lo individual, el arte, y con él el artista, asume un papel simbólico, casi de ídolos, ante la masa que cada vez lo es más. Y como consecuencia de ese mecanismo de rechazos y necesidades que la sociedad experimenta ante los no integrados, (o integrados en menor medida) el arte y los artistas disfrutan de un predicamento general que en el pasado fue exclusivo de muy pocos.

Pero como ya se ha dicho en otras ocasiones, lo que se ha ganado en extensión se ha perdido en intensidad. La superficie es quizá más amplia que nunca, pero debajo hay muy poco calado. Y este carácter epidérmico del arte en la sociedad, informa también (no podía ser de otra manera) al artista. Hoy abundan más que nunca los artistas ídolos, que representan su papel de catalizadores de deseos colectivos, convertidos en receptores de tales deseos. Pero como la sociedad está olvidando progresivamente sus legítimos derechos de ser suma de individuos, para ser suma de seres cada vez más uniformes, así el artista que la simboliza da, en general, a cambio de ser ídolo unos «beneficios» también superficiales, inconsistentes, sin peso ni profundidad, que la autocomplacen acelerando de una forma dramática su pérdida de substancia.

EL EQUILIBRIO RENOVADO

Ante una situación así, el artista que conserva ese mandato que MARÍA ZAMBRANO asignaba al poeta de clamar al cielo, o por lo menos de ofrecer el corazón en llamas, o aún menos (que ya es rebajar) de no renunciar a ser sí mismo, siente una desazón, un sentimiento de complicidad en su silencio, en su impotencia.

Porque si todo artista ha de ser testigo de su tiempo, no debe aceptar ser sólo testigo sin conciencia, o sin consciencia; testigo que cuenta lo que ocurre sin dar su personal opinión, su saber, su sentir. Está obligado, como actor apasionado del drama vital, a hacer apasionadamente su papel, no a leerlo sin más.

Por eso yo insisto en reclamar otra vez un humanismo, un sentido de la realidad y de la vida en las que el hombre (el hombre de hoy, claro está) sea la medida de todas las cosas, pero la medida en profundidad, con alegría o angustia, sintiendo que en él, de una manera oscura pero fuerte e inequívoca,

confluyen fuerzas antiguas y de siempre. Esas fuerzas le hacen depositario de las sociedades pasadas y transmisor para las futuras de un legado de belleza, equilibrio, libertad, misterio, tiempos, espacios, etc. Y ese legado hará al hombre más auténtico, más comprometido con la realidad que él es como ser único e irrepetible, y con la realidad que es su tiempo, no como tiempo «cortado», separado del resto temporal, sino como un tiempo más que se acumula al pasado y que enlaza con el futuro.

Y todo esto de una manera que se va improvisando en cada artista y en cada obra, dramáticamente, incluso contradictoriamente, (un poco como el científico se convierte en eslabón de una cadena que ni empieza ni termina en él) y al mismo tiempo, sabiendo que cada instante de su creación, cada centímetro de su obra, son irrepetibles e independientes de cuanto le antecede y sucede.

En este equilibrio conseguido e inmediatamente puesto en crisis, para superarlo y sustituirlo por otro equilibrio nuevo, está su existencia en profundidad.